

crita en las construcciones, las arquitecturas y las diferentes edades de aquellas murallas.

Tambien suelo ir á ver si descubro alguna elegante casa de campo desmantelada dentro del recinto de Roma. Visito á Santa María la Mayor, á San Juan de Letran con su obelisco, á Santa Cruz de Jerusalem con sus flores: oigo allí cantar, y hago oracion: me gusta orar de rodillas, porque mi corazon se halla así mas próximo al polvo y al reposo sin fin: estoy mas cerca de mi tumba.

Mis excavaciones no son mas que una variedad de los mismos placeres. Desde la cima de cualquier colina se descubre la cúpula de San Pedro. ¿Qué se paga al propietario del sitio en donde hay enterrados tesoros? El valor de la yerba destruida por la excavacion. Quizá daré yo mi barro á la tierra en cambio de la estatua que ella me dé: no haremos mas que cambiar una imágen de hombre por otra imágen de hombre.

No se ha visto á Roma cuando no se han recorrido las calles de sus barrios, mezcladas de espacios vacíos, de jardines llenos de ruinas, de recintos plantados de árboles y viñas, de claustros en donde se elevan palmeras y cipreses, parecidas las unas á mujeres del Oriente, y los otros á religiosas vestidas de luto. Vense salir de esos escombros robustas romanas pobres y bellas, que van á comprar frutas ó á beber agua en las cascadas que vierten los acueductos de los emperadores y los papas. Para estudiar las costumbres en toda su sencillez, finjo buscar un cuarto que alquilar; llamo á la puerta de una casa retirada, y me responden: *favorisca*. Entro, y encuentro en cuartos desamueblados ó un artesano trabajando en su oficio, ó una *zitella* altiva tejiendo sus lanas con un gato sobre las rodillas, y mirándome vagar á la aventura sin levantarse.

Cuando está malo el tiempo me retiro á San Pedro, ó me extravío en los museos de ese Vaticano de las once mil piezas y de las diez y ocho mil ventanas (Justo Lipsio). ¡Qué soledades de obras maestras! Llégase allí por una galería, en cuyas paredes están incrustados epitafios y antiguas inscripciones: la muerte parece haber nacido en Roma.

Hay en esta ciudad mas sepulcros que muertos. Me figuro que los difuntos, cuando se sienten ya demasiado calientes en sus lechos, se deslizan á otro que quedó vacío, como se traslada á un enfermo de una cama á otra. Hasta parece oír uno pasar los esqueletos durante la noche de ataud en ataud.

La primera vez que vi á Roma era á fines de junio. La estacion de los calores aumenta el abandono de la ciudad: el extranjero huye; los habitantes del país se encierran en sus casas, y durante el día no se encuentra á nadie por las calles. El sol fulmina sus rayos sobre el Coliseo, del que cuelgan yerbas inmóviles, y en donde no hay mas movimiento que el de los lagartos. La tierra está desnuda; el cielo sin nubes parece mas desierto aun que la tierra. Pero muy luego la noche hace salir á los habitantes de sus palacios y á las estrellas del firmamento: la tierra y el cielo vuelven á poblarse: Roma resucita, y esa vida que se reproduce en silencio en las tinieblas alrededor de las tumbas, se asemeja á la vida y al paseo de las sombras que vuelven á bajar al Erebo al aproximarse el día.

Ayer anduve errante á la claridad de la luna en la campiña entre la Puerta Angélica y el monte Mario. Oíase á un ruiseñor en un estrecho valle rodeado de cañas. Solo allí encontré esa tristeza melódica de que hablan los antiguos poetas con respecto al ave de la primavera. El largo silbido que todos conocen, y que precede á los brillantes trinos del cantor alado, no era penetrante como el de nuestros ruiseñores: habia en él algo de opaco, como el silbido de los gigueros de nuestros bosques. Todas sus notas eran medio tono mas bajas: su estrivillo estaba transpor-

tado de mayor á menor; cantaba á media voz, y el ave parecia querer encantar el sueño de los muertos y no despertarlos. Por aquellos terrenos incultos habian pasado la Lydia de Horacio, la Delia de Tibulo, la Corina de Ovidio, y solo habia quedado la Filomela de Virgilio. Aquel himno de amor era poderoso en aquel lugar y á aquellas horas, é inspiraba cierta pasion por una segunda vida: Segun Sócrates, el amor es el deseo de renacer por mediacion de la belleza, y ese deseo era el que hacia sentir á un jóven una muchacha griega al decirle:—«Si no me quedara mas que el hilo de mi collar de perlas, lo compartiria contigo.»

Si tengo la dicha de acabar aquí mis dias, me he proporcionado en San Onofre un reducto contiguo al cuarto en donde espiró el Tasso. En los momentos perdidos de mi embajada continuaré mis *Memorias* en la ventana de mi celda. En uno de los mas hermosos sitios de la tierra, entre los naranjos y las encinas verdes, con Roma entera ante mis ojos, todas las mañanas, al ponerme á trabajar, entre el lecho de muerte y la tumba del poeta, invocaré el genio de la gloria y de la desgracia.

En los primeros dias de mi llegada á Roma, cuando vagaba así á la aventura, encontré entre los baños de Tito y el Coliseo un colegio de niños. Un maestro con el sombrero alicaído y el manto arrastrando y destrozado, semejante á un pobre hermano de la doctrina cristiana, era quien los conducia. Al pasar á su lado le miro, y se me figura advertir en él cierto aire parecido al de mi sobrino Cristian de Chateaubriand; pero no me atreví á dar crédito á mis ojos. Miróme él á su vez, y sin mostrar ninguna sorpresa, me dijo:—«¡Tío mío!» Precipíteme todo conmovido, y le estreché en mis brazos. Con un ademan detuvo él detrás de sí á su rebaño obediente y silencioso. Cristian estaba á la vez pálido y moreno, minado por la calentura y tostado por el sol. Dijome que estaba encargado de la prefectura de los estudios en el colegio de los jesuitas, á la sazón en vacaciones en Tivoli: habia olvidado casi su lengua, y se expresaba difícilmente en francés, no hablando ni enseñando mas que en italiano. Contemplé con los ojos bañados en lágrimas aquel hijo de mi hermano que habia llegado á ser extranjero, vestido con un chaqueton negro y empolvado, maestro de escuela en Roma, y cubriendo con un fieltro de cenobita su noble frente que tan bien ceñia el casco.

Habia yo visto nacer á Cristian: algunos dias antes de mi emigracion asistí á su bautismo, al que estuvieron presentes su padre, su abuelo, el presidente Rosambo y su bisabuelo Mr. de Malesherbes. Este le tuvo en la pila, y le dió su nombre, Cristian. La iglesia de San Lorenzo estaba desierta y ya medio devastada. La nodriza y yo tomamos al niño de manos del cura.

Io piangendo ti presi é in breve cesta  
Fuor ti portai. (Tasso.)

El recién nacido fue llevado á su madre, colocado sobre su lecho, en donde esta madre y su abuela, Mad. de Rosambo, le recibieron con lágrimas de alegría. Dos años despues, el padre, el abuelo, el bisabuelo, la madre y la abuela habian perecido sobre el cadalso, y yo, testigo del bautismo, vagaba desterrado. Tales eran los recuerdos que la aparición súbita de mi sobrino lucieron revivir en mi memoria en medio de las ruinas de Roma. Cristian ha pasado ya huérfano la mitad de su vida, y la otra mitad la ha consagrado á los altares, hogar siempre abierto del padre comun de los hombres.

Cristian profesaba á su digno hermano Luis un cariño ardiente y celoso: cuando Luis se casó, partió para Italia, en donde conoció al duque de Rohan-Cha-

bot, y encontró á Mad. Recamier: lo mismo que su tío, fué á vivir á Roma, él en un claustro, y yo en un palacio. Entró religioso por devolver á su hermano una fortuna que no creia poseer legítimamente por las nuevas leyes, y así es que Malesherbes es ahora juntamente con Combourg, de Luis.

Despues de nuestro encuentro inesperado al pié del Coliseo, Cristian, acompañado de un hermano jesuita, vino á verme á la embajada: tenia el continente triste y el aire serio: en otro tiempo siempre se estaba riendo. Preguntéle si era feliz, y me respondió:—«He sufrido largo tiempo; ya mi sacrificio está hecho, y me encuentro bien.»

Cristian heredó el carácter de hierro de su abuelo paterno, Mr. de Chateaubriand, mi padre, y las virtudes morales de su bisabuelo materno, Mr. de Malesherbes. Sus sentimientos los tiene encerrados, no obstante que los muestra, sin tener en cuenta las prevenciones del vulgo, cuando se trata de sus deberes; dragon en la guardia, al apearse del caballo iba á la santa mesa, y nadie se burlaba de él, porque su valor y beneficencia eran la admiracion de sus camaradas. Despues que renunció al servicio, se ha descubierto que socorria secretamente á una porcion de oficiales y soldados: todavía tiene algunos pensionados en los graneros de París, y Luis satisface las deudas fraternales. Un dia, en Francia, preguntaba yo á Cristian si se casaria:—«Si llegara á casarme, me respondió, lo haria con alguna de mis parientes, la mas pobre.»

Cristian pasa las noches orando, y se entrega á austeridades de que sus superiores están asustados; una llaga que se le habia formado en una pierna le provenia de su perseverancia en estar de rodillas horas enteras: jamás la inocencia se ha entregado á un arrepentimiento tan grande.

Cristian no es hombre de este siglo, y me recuerda aquellos duques y condes de la corte de Carlo-Magno, que despues de haber peleado contra los sarracenos, fundaban conventos en los sitios desiertos de Gellone ó de Mallavalle, y entraban religiosos en ellos. Le tengo por un santo, y le invocaria de buen grado. Estoy persuadido de que sus buenas obras, unidas á las de mi madre y de mi hermana Julia, me alcanzarían gracia cerca del juez soberano. Tambien tengo yo inclinacion al claustro; pero llegada mi hora iria á pedir una soledad á la Porciúncula, bajo la proteccion de mi patrono, llamado *Francisco*, porque hablabá francés.

Quiero arrastrar solo mis sandalias, y por nada de este mundo sufriria que hubiese dos cabezas en mi sayal.

«Jóven todavía, dice el Dante, el sol de Asis se casó con una mujer á quien, como á la muerte, nadie abre la puerta del placer: esa mujer, viuda de su primer marido hace mas de mil y cien años, habia languidecido oscura y despreciada: en vano habia subido con Jesucristo á la cruz. ¿Cuáles son los amantes que te designan aquí mis palabras misteriosas? FRANCISCO y la POBREZA: *Francesco é Povertá*. (Paradiso, canto xi).

A Mad. Recamier.

«Roma 16 de mayo de 1829.

«Esta carta saldrá de Roma algunas horas despues que yo, y llegará algunas horas antes que yo á París. Con ella va á terminar esa correspondencia que no ha faltado un solo correo y que debe formar un volumen entre vuestras manos. Siento una mezcla de alegría y de tristeza que no puedo explicaros: por espacio de tres ó cuatro meses he estado bastante disgustado en Roma; ahora he vuelto á cobrar cariño á estas nobles ruinas, á esta soledad tan profun-

da, tan apacible y tan llena no obstante de interés y recuerdos. Quizá tambien el éxito inesperado que aquí he obtenido haya contribuido á ese cambio: he llegado en medio de todas las prevenciones suscitadas en contra mia, y todo lo he vencido: parece que me echan de menos. ¿Qué voy á ballar en Francia? Ruido en vez de silencio, agitacion en vez de calma, desvarios, ambiciones, luchas de puesto y de vanidad. El sistema político que he adoptado es tal, que nadie lo querria quizá, y tambien por otra parte no me lo dejarían poner en ejecucion. Todavía me encargaría de dar gran gloria á la Francia, como he contribuido á procurar una gran libertad; ¿pero me dejarían el campo libre? Me dirían:—«¿Sed el amo, disponed de todo á riesgo de vuestra cabeza?» No: tan lejos están de decirme eso, que se avendrian con todo el mundo antes que conmigo; que no me admitirian sino despues de haber sufrido la repulsa de todas las medianías de Francia, y que crearían hacerme un gran favor relegándome á un rincón oscuro. Voy á buscaros: embajador ó no, en Roma es donde querria morir. En cambio de una pequeña vida, tendria al menos una gran sepultura hasta el dia en que fuese á llenar mi cenotafio en las arenas que me vieron nacer. Adios: ya he caminado muchas leguas hacia vos.»

París, agosto y setiembre de 1830,  
calle del Infierno.

REGRESO DE ROMA Á PARÍS.—MIS PROYECTOS.—EL REY Y SUS DISPOSICIONES.—MR. PORTALIS, MR. DE MARTIGNAC.—PARTIDA Á ROMA.—LOS PIRINEOS.—AVENTURA.

Tuve un gran placer en volver á ver á mis amigos: no pensaba mas que en la dicha de llevarlos conmigo y terminar mis dias en Roma. Escribí para asegurarme mas todavía del pequeño palacio Cafarelli, que pensaba alquilar en el Capitolio, y de la celda que deseaba tener en San Onofre. Compré dos caballos ingleses y los hice marchar á las praderas de Evandro. Ya decia adios á mi patria con una alegría que merecia castigo. Cuando uno ha viajado en su juventud y pasado muchos años fuera de su país, se acostumbra á fijar en todas partes su muerte: al atravesar los mares de Grecia se me figuraba que todos aquellos monumentos que divisaba eran otras tantas posadas en donde tenia preparado mi lecho.

Fuí á hacer mi corte al rey á Saint-Cloud, y me preguntó cuándo volvia á Roma. Estaba persuadido de que tenia yo buen corazon y mala cabeza. El hecho es que yo era precisamente lo inverso de lo que Carlos X pensaba de mí: tenia una cabeza muy fria y muy buena, y un corazon así así respecto de las tres cuartas partes y media del género humano.

Encontré al rey en unas disposiciones muy poco favorables por lo tocante á su ministerio: hacíalo atacar por ciertos diarios realistas, ó mas bien, cuando los redactores de estos iban á preguntarle si los encontraba demasiado hostiles, exclamaba el rey:—«No, no: continuad.» Cuando habia hablado Mr. de Martignac:—¿Qué tal? decía Carlos X. ¿Habeis oído á la Pasta?» Las opiniones liberales de Mr. Hyde de Neuville le eran antipáticas, y hallaba mas complacencia en Mr. Portalis, el federado que llevaba impresa en su rostro la codicia: á Mr. Portalis es á quien debe la Francia sus desgracias. Cuando le vi en Passy, conocí lo que en parte habia adivinado: el guardasellos, al aparentar que solo tenia interinamente la cartera de Negocios Extranjeros, ardia en deseos de conservarla, no obstante de que, para todo evento, se habia provisto de la plaza de presidente del tribunal de Casacion. Cuando se trató de disponer del ministerio de Negocios Extranjeros, habia dicho



el rey: «No digo que Chateaubriand no sea mi ministro, pero no ahora.» El príncipe de Laval había rehusado, y Mr. de la Ferronnays no podía entregarse ya á un trabajo continuado. Mr. Portalis, en la esperanza de que por cansancio al fin se quedaría con la cartera, no hacía nada para determinar al rey.

Lleno de mis delicias futuras de Roma, me dejé arrastrar, sin pararme á sondear demasiado el porvenir: conveníame bastante que Mr. Portalis conservase la cartera interina, porque así mi posición política quedaba la misma. No me ocurrió ni por un momento la idea de que Mr. de Polignac pudiese ser investido del poder: su ánimo limitado, fijo y ardiente; su nombre fatal é impopular; su obstinación; sus opiniones religiosas, exaltadas hasta el fanatismo, me parecían causas de una exclusión eterna. Es verdad que había sufrido por el rey; pero había sido largamente recompensado por ello con la amistad del monarca y con la importante embajada de Londres, que le di en tiempo de mi ministerio, á pesar de la oposición de Mr. de Villele.

De todos los ministros en ejercicio que hallé en París, á excepción de Mr. Hyde de Neuville, ninguno me agradaba: veía en ellos una incapacidad implacable que me hacía concebir inquietudes sobre la duración de su mando. Mr. de Martignac, con agradable talento para producirse, tenía una voz dulce y extenuada como la de un hombre á quien las mujeres hubiesen dado algo de su seducción y de su debilidad. Pitágoras se acordaba de haber sido una cortesana encantadora llamada Aleea. El antiguo secretario de embajada del abate Sieyès tenía también una presunción reprimida, y un espíritu tranquilo y algo zeloso. En 1823 lo había enviado yo á España en una posición elevada é independiente; pero él hubiera querido ser embajador, y extrañaba no haber recibido un cargo que creía debido á su mérito.

Mi gusto ó mi desagrado importaban poco. La cámara cometió una falta derribando un ministerio que hubiera debido conservar á toda costa. Aquel ministerio moderado servía de tapadera á un abismo: fácil era echarlo abajo, porque nada le sostenía, y el rey le era hostil; razón mas para no fraguar intriga alguna contra aquellos hombres, y darles una mayoría por cuyo medio se hubiesen sostenido y hubiesen abierto paso algún día, sin accidente, á un ministerio fuerte. En Francia no se sabe esperar nada, y se tiene horror á todo lo que tiene apariencias de poder, hasta que se llega á poseerlo. Por lo demás, Mr. de Martignac ha desmentido noblemente sus debilidades empleando con valor el resto de su vida en defensa de Mr. de Polignac. Ardianme los pies en París, y no podía acostumbrarme al cielo pardo y triste de la Francia, mi patria. ¿Qué habría pensado de la Breña mi patria, por hablar en griego? Pero ahí, al menos, hay vientos de mar ó calmas: *Tumidis albens fluctibus, ó venti posuere*. Tenía dadas mis órdenes para ejecutar en mi jardín y en mi casa, calle del Infierno, los cambios y aumentos necesarios, á fin de que á mi muerte el legado que quería hacer de esta casa á la enfermería de Mad. de Chateaubriand fuese mas provechoso. Destinaba yo aquella finca á recoger en ella algunos artistas y literatos enfermos. Miraba yo al sol pálido, y le decía: «Pronto voy á hallarte con mejor semblante, y no nos separaremos mas.»

Habiéndome despedido del rey, y con la esperanza de desembarazarle de mí para siempre, subí al carruaje. Fui primero á tomar los baños de Cauterets, y desde allí, atravesando el Langüedoc y la Provenza, debía dirigirme á Niza, en donde me reuniría con Mad. de Chateaubriand. Pasaríamos juntos la Cornisa: llegaríamos á la ciudad eterna, que cruzaríamos sin deternos en ella, y despues de estar dos meses en Nápoles, en la cuna del Tasso, volveríamos á su tumba á Roma. Aquel momento fue el único de mi vida

en que haya sido completamente feliz; en que no haya deseado mas; en que mi existencia estuviese satisfecha; en que yo no viese hasta mi última hora mas que una serie de días de reposo. Tocaba al puerto, y entraba en él á vela llena, como Palinuro: *inopinata quies*.

Todo mi viaje hasta los Pirineos fue una serie de sueños: deteníame cuando quería, seguía por el camino las crónicas de la edad media que encontraba por todas partes: en el Berry veía esas sendas entre matas que el autor de *Valentina* llama rastros, y que me recordaban mi Breña. Ricardo Corazón de León había sido muerto en Chalus, al pié de aquella torre: *¡Hijo musulmán, calla! ¡Ve aquí al rey Ricardo!* En Limoges me quitó el sombrero por respeto á Molière: en Perigueux, las perdices, en sus sepulcros de loza, no cantaban ya con diferentes voces, como en los tiempos de Aristóteles. Allí encontré á mi antiguo amigo Clausel de Coussergues, que llevaba consigo algunas páginas de mi vida. En Bergerac hubiera podido mirar la nariz de Cyrano, sin verme obligado á batirme con aquel cadete de guardias: le dejé en su polvo con *esos dioses que el hombre ha hecho y que no han hecho al hombre*.

En Auch admiré la sillería esculpida en cartones traídos de Roma en la buena época de las artes. D'Ossat, mi antecesor en la corte del padre santo, había nacido cerca de Auch. El sol se asemejaba ya al de Italia. En Tarbes hubiera deseado hospedarme en la posada de la *Estrella*, en donde se apeó Froissart con el señor Espaing de Lyon, «hombre prudente y gallardo mozo,» y en donde encontré «buen heno, buenas avenas y hermoso vino.»

Al despuntar los Pirineos por el horizonte me latía el corazón: de lo íntimo de veinte y tres años salieron recuerdos embellecidos en la lontananza del tiempo: volvía de la Palestina y de España, cuando de la otra parte de su cadena descubrí la cima de aquellos mismos montes. Soy del parecer de Mad. de Motteville, y creo que en uno de aquellos castillos de los Pirineos fue donde habitó Urganda la Desconocida. Lo pasado se asemeja á un museo de antigüedades: visitanse en él las horas pasadas, y cada cual puede reconocer en él las suyas. Paseándome un día en una iglesia desierta, sentí unos pasos que se arrastraban sobre las losas, como los de un anciano que buscara su tumba. Miré, y no ví á nadie: era yo que me había revelado á mi mismo.

Cuanto mas dichoso era en Cauterets, mas me agradaba la melancolía de lo que había concluido. El valle estrecho y circunscrito se divide mas allá de la ciudad y de las fuentes minerales en dos desfiladeros, de los que uno, célebre por sus sitios, termina en el puente de España y en las neveras. Me hallé bien en los baños; hice solo largas excursiones, creyéndome en los terrenos escarpados de la Sabina. Hacía todos mis esfuerzos para estar triste, y no podía. Compuse algunas estrofas sobre los Pirineos, y decía:

«Yo había visto huir los males de Jerusalem y de Atenas; las móviles arenas de Ascalon y del Nilo; Cartago abandonada y su puerto blanquecino; el viento ligero de la tarde hinchaba mi vela, y la estrella de Venus mezclaba su húmeda perla al oro puro del ocaso.»

«Sentado al pié del mástil de mi rápida embarcación, buscaban mis ojos á lo lejos aquellas columnas de Alcides en donde elevan sus tridentes dos Neptunos irritados. Abordando á la ribera de la antigua Hesperia, el misterio del noble Abencerraje me abrió los palacios encantados.»

«Mi musa, como una jóven abeja cebándose en las rosas, volvía cargada de su botín, habiendo libado en

la flor recuerdos mas preciosos. En los montes que Rolando rompió por su valor, contaba yo á su lanza el orgullo de mis peligros reputados por placeres.»

«Huyamos de la edad abandonada cuando sobreviene la desgracia; huyamos de las orillas que, conservando nuestras huellas, nos hacen decir, midiendo el curso del tiempo: «¡Entonces tenía yo un hermano, una madre, una amiga! ¡Felicidad huida! ¡Cuántos parientes y cuántos días me quedan!»

Fueme imposible terminar mi oda: yo había cubierto lúgubrementemente mi tambor para tocar llamada á sueños de mis noches pasadas; pero siempre entre esos recuerdos evocados se mezclaban algunos sueños del momento, cuya fisonomía feliz desarrugaba el ceño consternado de sus antiguos compañeros.

Conforme iba poetizando, encontré á una jóven sentada á orillas del arroyo: levantóse, y vino directamente á mí. Ya ella sabía por los rumores de la aldea que yo estaba en Cauterets. Encontréme con que la desconocida era una occitaniana que me estaba escribiendo hacía dos años, sin haberla yo visto jamás: la misteriosa anónima se descubrió: *patuit dea*.

Iba yo á hacer mi visita respetuosa á la nayade del torrente. Una noche que ella me acompañaba, cuando yo me retiraba, quiso seguirme, y me vi precisado á conducirla á su casa en mis brazos. Jamás me he sentido tan avergonzado: inspirar cierta especie de cariño á mi edad me parecía una verdadera irrisión: cuanto mas lisonjeado podía estar de aquella rareza, tanto mas humillado me sentía, tomándola, con razón, por una burla. De buen grado me hubiera escondido entre los osos, nuestros vecinos. Estaba muy lejos de decirme lo que se decía Montaigne: «El amor me devolvería la vigilancia, la sobriedad, la gracia, el cuidado de mi persona...» Mi pobre Miguel, muy buenas cosas dices; pero ya ves, á nuestra edad no nos devuelve el amor lo que tú supones. No nos queda mas que una cosa que hacer, y es echarnos francamente á un lado. En vez, pues, de entregarme á los estudios sanos y prudentes, por cuyo medio pudiera hacerme mas amado, dejé que se borrara la impresion fugitiva de mi Clementina Isaura: la brisa de la montaña se llevó muy pronto ese capricho de una flor: la viva, resuelta y encantadora extranjera de diez y seis años me ha agradecido el que me hiciera justicia, pues se ha casado.

#### MINISTERIO POLIGNAC. — MI CONSTERNACION. — VUELVO Á PARÍS.

Habían llegado á nuestro rincón rumores de cambio ministerial. Las personas mejor informadas llegaban hasta á hablar del príncipe de Polignac; pero mi incredulidad en este punto rayaba muy alto. Llegan por fin los periódicos; los abro, y mis ojos tropiezan asombrados con el decreto oficial que confirma los rumores difundidos. Muchos cambios de fortuna había yo experimentado desde que estaba en el mundo; pero jamás había caído de tamaña altura. Mi destino había soplado de nuevo en mis quimeras, y ese soplo de la suerte, no solo borraba mis ilusiones, sino que hacía desaparecer la monarquía. Aquel golpe me causó un daño terrible: tuve un momento de desesperación, pues en el acto tomé mi partido: conocí que debía retirarme. El correo me traía una multitud de cartas, todas las cuales me aconsejaban enviar mi dimisión. Hasta personas que yo apenas conocía se creyeron obligadas á prescribirme la retirada.

Mucho me extrañó aquel oficioso interés por mi buena reputación. A Dios gracias nunca he necesitado que me dé nadie consejos de honra: mi vida ha sido una serie de sacrificios que jamás me han sido impuestos por nadie; en punto á deber, es mi espi-

ritu el primero que salta. Las caídas son ruinas para mí, porque solo poseo deudas, deudas que contraigo en puestos en que no permanezco el tiempo suficiente para pagarlas; de suerte que siempre que me retiro me veo reducido á trabajar, atenido á lo que me dé un librero. Algunos de esos hombres oficiosos que me predicaban el honor y la libertad por el correo, y me los predicaron todavía mas alto cuando llegué á París, dieron su dimisión de consejeros de Estado; pero unos eran ricos, y otros solo dimitieron puestos secundarios que disfrutaban y que les dejaron medios de subsistir. Hicieron como los protestantes, que desechan algunos dogmas de los católicos, y conservan otros tan difíciles de creer como aquellos. Nada hay completo en esas obligaciones; nada plenamente sincero: verdad es que se abandonaban doce ó quince mil libras de renta; pero los dimitentes volvían á sus casas ricos con su patrimonio ó provistos al menos de ese pan de cada día que habían guardado prudentemente. Con mi persona, menos cumplimientos; tenía por mí la mayor abnegación, y nadie podía despojarme lo bastante por mí de todo cuanto yo poseía. «Vamos, Jorge Dandin, haced de tripas corazón; ¡pardiez! yerno mío, no degeneréis de vuestra sangre; ¡fuera casaca! Arrojad por la ventana doscientas mil libras de renta, un puesto de vuestro gusto, un alto y magnífico puesto, el imperio de las artes en Roma, la dicha de haber recibido al fin la recompensa de vuestras luchas largas y penosas. Tal es nuestra voluntad. A ese precio tendréis nuestra estimación. Así como nosotros nos hemos despojado de una casaca bajo la cual tenemos un buen chaleco de franela, así os desprendereis vos de vuestro manto de terciopelo para quedar desnudo. Hay perfecta igualdad; paridad de altar y de holocausto.»

Y ¡cosa extraña! En ese generoso ardor á echarme fuera, los hombres que me significaban su voluntad no eran ni mis amigos verdaderos ni los partícipes de mis opiniones políticas. Yo debía inmolarme inmediatamente al liberalismo, á la doctrina que me había atacado continuamente; debía correr el riesgo de conmovier el trono legítimo por merecer los elogios de algunos enemigos cobardes que no tenían el valor entero de morir de hambre.

Yo iba á hallarme anegado en una larga embajada: las fiestas que había dado me habían arruinado, y no había pagado aun los gastos de mi primera instalación. Pero lo que me desgarraba el corazón era la pérdida de la felicidad que me había prometido para el resto de mi vida.

No tengo que echarme en cara haber dado á nadie esos consejos catonianos que empobrecen al que los recibe, pero no al que los da, bien persuadido de que esos consejos son inútiles al hombre que no tiene la conciencia de sí mismo. Desde el primer instante, ya lo he dicho, adopté mi resolución, que no fue muy costosa de tomar, pero sí difícil de ejecutar. Cuando en Lourdes, en vez de volver al mediodía y dirigirme hácia Italia, tomé el camino de Pau, mis ojos se llenaron de lágrimas: confieso mi debilidad. ¿Qué importa, si no por eso he aceptado menos y sostenido el cartel que me enviaba la fortuna? No volví con celeridad, á fin de dejar pasar los días, y fui desliando lentamente el hilo de aquel camino que había traído con tanta alegría hacia apenas algunas semanas.

El príncipe de Polignac temía mi dimisión: conocía que al retirarme le quitaría en las cámaras algunos votos realistas y pondría su ministerio en cuestión. Sugirióme la idea de enviarme un correo á los Pirineos con orden del rey de marchar inmediatamente á Roma para recibir allí al rey y á la reina de Nápoles que venían á casar á su hija á España. Me habría visto muy apurado si hubiese reci-



bido esa orden. Quizá me hubiera creído obligado á obedecerla, salvo el dar mi dimision despues de haberla cumplido. Pero una vez en Roma, ¿qué hubiera sucedido? Me habria quizá retrasado, y las fatales jornadas me hubieran podido sorprender en el Capitolio. Quizá tambien la indecision que hubiera manifestado habria dado la mayoría parlamentaria á Mr. de Polignac, que solo le faltó por muy pocos votos. El mensaje no pasaba entonces, y las ordenanzas, resultado de ese mensaje, no habrian quizá parecido necesarias á sus funestos autores: *Dis aliter visum.*

ENTREVISTA CON MR. DE POLIGNAC.—HAGO DIMISION DE MI EMBAJADA DE ROMA.

Hallé en París á Mad. de Chateaubriand enteramente resignada. Estaba loca de júbilo con ser embajadora en Roma, y ciertamente una mujer tenia motivo para estarlo con menos; pero en las grandes ocasiones mi mujer no ha vacilado nunca en aprobar lo que juzgaba propio para dar consistencia á mi vida y realzar mi nombre en la estimacion pública; en esto tiene mas mérito que otra cualquiera. A mi esposa le gustan la representacion, los títulos y la fortuna, y detesta la pobreza y la escasez; desprecia esas susceptibilidades, esos excesos de fidelidad y de sacrificio que mira como verdaderos engaños que nadie agradece; nunca habria gritado ella; *viva el rey!* pero en tratándose de mí, todo cambia, hasta el punto de aceptar con firmeza de ánimo mis desgracias, maldiciéndolas.

Me era preciso ayunar, velar y orar por la salud de aquellos que se guardaban bien de vestirse el cilicio con que se apresuraban á cargarme. Yo era el asno santo, el asno cargado con las áridas reliquias de la libertad, reliquias que ellos adoraban con gran devocion con tal de no tener el trabajo de llevarlas.

Al día siguiente de mi llegada á París fui á ver á Mr. de Polignac. Al llegar le habia escrito esta carta:

«París 28 de agosto de 1829.

«Príncipe: He creído que era mas digno de nuestra antigua amistad, mas conveniente á la alta mision con que me hallaba honrado, y ante todo mas respetuoso para el rey, venir á poner yo mismo mi dimision á sus pies, que trasmitiros la precipitadamente por el correo. Os pido un último favor, y es suplicar á S. M. se digne concederme una audiencia y escuchar las razones que me obligan á renunciar la embajada de Roma. Creed, príncipe, que me es penoso, en el momento en que subís al poder, abandonar esta carrera diplomática que he tenido la dicha de abriros.

«Recibid la seguridad de los sentimientos que os he consagrado, y la alta consideracion con que tengo el honor de ser, príncipe,

«Vuestro muy humilde y obediente servidor,

»CHATEAUBRIAND.»

En contestacion á esta carta, me dirigieron el siguiente billete del ministerio de Negocios Extranjeros:

«El príncipe de Polignac tiene el honor de ofrecer sus respetos al vizconde de Chateaubriand, y le ruega que pase al ministerio mañana domingo á las nueve en punto, si le es posible.

«Sábado, á las cuatro.»

Inmediatamente repliqué con este otro billete:

«He recibido, príncipe, una carta de vuestras oficinas que me invita á pasar mañana 30 á las nueve en punto al ministerio, si me es posible. Como esa carta no me anuncia la audiencia del rey que os habia rogado pedir para mí, aguardaré á que tengais algo oficial que anunciarme sobre la dimision que deseo poner á los pies de S. M.

«Mil afectuosos cumplimientos.

»CHATEAUBRIAND.»

Entonces Mr. de Polignac me escribió estas palabras de su propio puño:

«He recibido vuestra esquela, mi querido vizconde; me alegraría infinito de veros mañana á las diez, si esta hora os conviene.

«Os renuevo la seguridad de mi antiguo y sincero afecto.

»EL PRÍNCIPE DE POLIGNAC.»

Este billete me pareció de mal agüero: su reserva diplomática me hizo temer una repulsa del rey. Hallé al príncipe de Polignac en el gran despacho que yo tan bien conocía. Salíome al encuentro; me estreché la mano con una efusion de corazon que hubiera querido yo creer sincera, y echándome despues un brazo sobre el hombro, principiamos á pasearnos lentamente de uno á otro extremo del salon. Díjome que no aceptaba mi dimision; que el rey no la aceptaba, y que era preciso que yo volviese á Roma. Cada vez que él repetía esta última frase me desgarraba el corazon.—¿Por qué, me decía, no quereis permanecer en los negocios conmigo como con la Ferronnays y Portalis? ¿No soy amigo vuestro? Os daré en Roma todo cuanto querais: en Francia sereis mas ministro que yo; escucharé vuestros consejos. Vuestra retirada puede hacer surgir nuevas divisiones. Sin duda no quereis dañar al gobierno. El rey se irritará en extremo si persistís en querer retiraros. Os suplico, querido vizconde, que no cometais semejante torpeza.»

Respondí que no cometía torpeza ninguna; que obraba en la plena conviccion de mi razon; que su ministerio era muy impopular; que estas prevenciones podrian ser injustas, pero al fin existian; que la Francia entera estaba persuadida de que el ministerio iba á atacar las libertades públicas, y yo, defensor de esas libertades, no podía embarcarme con los que pasaban por enemigos suyos. Veíame bastante apurado en esta réplica, porque en realidad nada flagrante tenia que oponer á los nuevos ministros, y solo podía atacarlos en un porvenir que estaba en su derecho el negar. Mr. de Polignac me juraba que amaba la Carta tanto como yo; pero él la amaba á su manera: la amaba muy de cerca. Desgraciadamente el cariño que uno muestra á una jóven á quien ha deshonrado le sirve de poco.

Prolongóse la conversacion sobre el mismo tema cerca de una hora. Mr. de Polignac concluyó por decirme que si consentia en retirar mi dimision, me vería el rey con placer, y escucharia lo que yo quisiera decirle contra su ministerio; pero que si persistía en querer dar mi dimision, creía S. M. que era inútil verme, y que una conversacion entre él y yo no podía menos de ser una cosa desagradable.

Yo repliqué:—«Pues mira! como dada mi dimision, príncipe. Jamás me he retractado en mi vida, y puesto que no le agrada al rey ver á su fiel súbdito, no insisto mas.» Despues de estas palabras me retiré. Rogué al príncipe que diese al duque de Laval la embajada de Roma, si todavía la deseaba, y le recomendé mi legacion. En seguida tomé á pie por el *bulevar* de los Inválidos el camino de mi enfermería, como herido que estaba realmente. Cuando me

separé de Mr. de Polignac me pareció dotado este de esa confianza imperturbable que hacia de él un nudo el mas á propósito para estrangular un imperio.

Dada mi dimision de embajador en Roma, escribí al soberano pontífice;

«Beatísimo padre: Ministro de Negocios Extranjeros en Francia en 1823, tuve la dicha de ser el intérprete de los sentimientos del difunto rey Luis XVIII por la exaltacion deseada de vuestra santidad á lo silla de San Pedro. Embajador de S. M. Carlos X cerca de la corte de Roma, he tenido la suerte mayor de ver á vuestra santidad elevado al soberano pontificado y oírle dirigirme palabras que serán la gloria de mi vida. Al terminar la alta mision que tenía el honor de ejercer cerca de vuestra santidad, vengo á expresarle el profundo sentimiento que me acompañará siempre. Solo me queda, santísimo padre, poner á vuestros sagrados pies mi sincero reconocimiento por vuestras bondades, y pedir os vuestra bendicion apostólica.

«Soy con la mayor veneracion y el mas profundo respeto de vuestra santidad, muy humilde y obediente servidor.

»CHATEAUBRIAND.»

Acabé por espacio de muchos días de desgarrarme las entrañas en mi Utica, y escribí cartas para demoler el edificio que habia yo construido con tanto amor. Como en la muerte de un hombre son las minuciosidades y las acciones domésticas y familiares las que interesan, así en la muerte de un sueño son mas atormentadoras las pequeñas realidades que lo destruyen. Un destierro eterno sobre las ruinas de Roma habia sido mi quimera. Lo mismo que Dante, me habia ya preparado para no volver mas á mi patria. Estas dilucidaciones no tendrán para los lectores de estas *Memorias* el interés que tienen para mí. El pájaro viejo cae de la rama en donde se refugia, y deja la vida por la muerte. Arrastrado por la corriente, no he hecho mas que cambiar de río.

ADULACIONES DE LOS PERIÓDICOS.

Quando se acerca el momento de marcharse las golondrinas, hay una que vuela la primera para anunciar la próxima partida de las demás: yo era la primera ala que precedía al último vuelo de la legitimidad. ¿Me lisonjaban los elogios que me prodigaban los periódicos? No por cierto. Algunos amigos míos creían consolarme asegurándome que me hallaba á punto de ser primer ministro; que aquel lance jugado con tanta franqueza decidía mi porvenir; suponíame una ambicion, de la que ni siquiera tenia un germen. No comprendo que un hombre que haya vivido conmigo siquiera ocho días no advierta mi carencia total de esa pasion, por lo demás muy legítima, que impulsa á uno á seguir hasta el cabo su carrera política. Yo acechaba siempre el momento de retirarme, y si tan apasionado estaba de mi embajada de Roma, era precisamente porque á nada conducía y era un retiro en un callejon sin salida.

Ademas abrigaba en el fondo de mi conciencia cierto temor de haber llevado ya demasiado lejos la oposicion, de la que iba á ser forzosamente el lazo, el centro y la atalaya: asustábame esa idea, y ese temor aumentaba el sentimiento de haber perdido mi apacible abrigo.

Como quiera que sea, quemábase abundante incienso ante el idolo de madera caído de su altar. Mr. de Lamartine, nueva y brillante lumbrera de la Francia, me escribía con motivo de su candidatura, y terminaba así su carta:

«Mr. de la Noue, que acaba de pasar algunos momentos en mi casa, me ha dicho que os habia dejado ocupando vuestros nobles ocios en erigir un monumento á la Francia. Cada una de vuestras desgracias voluntarias y valerosas llevará así un tributo de estimacion á vuestro nombre y de gloria á vuestro país.»

Esta noble carta del autor de las *Meditaciones poéticas* fue seguida de la de Mr. de Lacretelle, quien me escribía á su vez:

«¿Qué momento eligen para ultrajaros, á vos, e hombre de los sacrificios; á vos, á quien las bellas acciones no cuestan mas que las hermosas obras! Vuestra dimision y la formacion del nuevo ministerio me habian parecido de antemano dos sucesos ligados entre sí: vos me habeis familiarizado con los actos de abnegacion; como Bonaparte nos familiarizaba con la victoria; pero él tenia muchos compañeros, y vos no contais con muchos imitadores.»

Dos hombres muy instruidos y escritores de gran mérito, Mr. Abel Remusat y Mr. Saint-Martin, tenían solo entonces la debilidad de declararse en contra mía: ambos eran amigos del baron de Damas. Concibo que se muestre alguna irritacion contra hombres que desprecian los destinos: esas insolencias son de aquellas que no se deben tolerar.

El mismo Mr. Guizot se dignó visitar mi morada, y creyó poder salvar la inmensa distancia que la naturaleza ha puesto entre ambos: al verme me dijo estas palabras, llenas de todo lo que se debía á sí propio:—*¡Caballero, hoy es muy diferente!* En este año de 1829 tuvo Mr. Guizot necesidad de mí para su eleccion; escribí á los electores de Lisieux, y fue elegido. Mr. de Broglie me dió las gracias en el siguiente billete:

«Permitidme daros las gracias, caballero, por la carta que habeis tenido á bien dirigirme. He hecho de ella el uso que debia hacer, y estoy convencido de que, como todo lo que viene de vos, producirá sus frutos, y frutos saludables. Por mi parte me siento tan reconocido como si se tratase de mi propio, porque no hay acontecimiento con el que me halle mas identificado ni que me inspire mas vivo interés.»

Hallándose de diputado Mr. Guizot cuando las jornadas de julio, ha resultado de ahí que yo fui en parte la causa de su elevacion política: la súplica del humilde es á veces escuchada del cielo.

LOS PRIMEROS COLEGAS DE MR. DE POLIGNAC.

Los primeros colegas de Mr. de Polignac fueron MM. de Bourmont, de la Bourdonnaie, de Chabrol, Courvoisier y Montbel.

El 17 de junio de 1815, hallándome en Gante y bajando de ver al rey, encontré al pié de la escalera á un hombre con levita y botas llenas de barro que subía al cuarto de S. M. En su fisonomía expresiva, su nariz delgada y sus hermosos ojos dulces de cullebra reconocí al general Bourmont: este habia desertado del ejército de Bonaparte el año 14. El conde de Bourmont es un oficial de mérito, hábil en procurarse salida de pasos difíciles; pero uno de esos hombres que, colocados en primera linea, ven los obstáculos y no pueden vencerlos, habiendo nacido para ser dirigidos y no para dirigir. Feliz con sus hijos, Argel le dejará un nombre.

El conde de la Bourdonnaie, amigo mio en otro tiempo, es el peor compañero que puede concebirse: es hombre que da una coz á cualquiera que se le acerca, y ataca á los oradores en la cámara, como á sus vecinos en el campo: arma un caramillo sobre